

**56° Peregrinación de fe a Chimpay en honor al beato Ceferino Namuncurá.
Homilía de Monseñor Esteban Laxague SDB, obispo de Viedma
Parque Ceferiniano, domingo 30 de agosto de 2026**

Venimos aquí a Chimpay, en esta peregrinación, en nombre de muchas personas que nos han pedido: «Decile a Ceferino: "¡Gracias!"».

Traigo muchas señales de la presencia de Dios que hace nuestras todas las cosas. ¡Cuántos testimonios he escuchado de ustedes que han venido a decir: «Gracias, porque, por medio de Ceferino, sentí la caricia de Dios»!

De verdad, Ceferino está entre nosotros y sigue siendo lo que siempre soñó aquí en esta tierra a los 11 años; aquello se prolonga: «Quiero ser útil a mi gente». Él mismo, en una de sus cartas, cuando su enfermedad iba debilitando sus fuerzas, escribía: «Lo que no pude hacer aquí entre ustedes, ahora lo haré desde la eternidad, desde la casa del Padre».

Sentimos su presencia, sentimos su fuerza, su ayuda que nos acerca a un Dios que nos acompaña. También en esta fiesta, junto al gracias profundo que traemos, traemos nuestras inquietudes, los dolores, las preocupaciones. Simplemente recojo algunas de las que escuché en estos días: ¿por qué hay en tantas personas ese vacío existencial, ese sufrimiento que muchas veces nos lleva a desear la muerte antes de tiempo? ¡Cuántos suicidios hay en nuestra sociedad!

También, cuántos traen esa angustia de no llegar a fin de mes. Es muy duro mirar a los niños, mirar a la familia y sentir que no llegamos a cubrir las necesidades básicas. Leí hace poco una estadística que dice que el 62 % de las personas asalariadas, que tienen un sueldo, una pensión o una jubilación, vive con deudas. Ustedes lo podrán corroborar en su vida y en la vida de tantas personas que conocemos.

También en esta mañana, en estos días, encontrándonos con Ceferino en el silencio del encuentro, volvemos a decir: ¿por qué en esta Argentina tan grande muchos se ven privados de un pedacito de tierra para construir su casa? Cuántos hermanos y hermanas —y a lo mejor alguno de ustedes que están aquí— están presos del negocio inmobiliario y no pueden ni siquiera pagar un alquiler de un lugar para vivir, y tienen que estar viviendo en lugares tan precarios.

¿Por qué esas grandes inversiones que se van dando se olvidan de que el primer beneficiario tiene que ser el que vive en esta tierra? El fin principal de una explotación minera no es sumar más dinero, sino el bienestar de todos, empezando por los que estamos aquí.

También en el silencio, junto con Ceferino, muchas mamás y muchas abuelas me han expresado: ¿por qué ninguna política lucha contra la comercialización de las drogas? ¿Por qué ninguna política toma en serio la prevención de nuestros niños, niñas y adolescentes, y de la población en general, para evitar que tanta gente caiga en este flagelo del consumo problemático?

Y también, en estos días, se ha sentido muy fuerte: ¿por qué negar a los pueblos preexistentes, a los pueblos originarios, esa tierra que necesitan? ¿Por qué postergar indefinidamente solucionar esta deuda que tenemos como país de integrar a todos los que formamos parte de esta tierra, de esta patria bendecida?

Podríamos escuchar muchos más dolores que Ceferino va escuchando y hace silencio; pero no un silencio de ausentismo ni desinteresado del dolor que traemos. Ceferino hace silencio invitándonos a abrir nuestro corazón a la propuesta que Jesús nos regala en el Evangelio.

Jesús nos invita a seguirlo, a caminar detrás de Él. Esa es la propuesta de Jesús para todos. Esta propuesta nos moviliza y nos hace nacer esa pregunta: «¿A quién iremos, Señor? Solo Tú tienes palabras de vida eterna. Solo Tú eres el Camino, solo Tú eres la Verdad, solo Tú vienes a levantarnos y eres capaz de consolarnos, de fortalecernos».

Con esta propuesta, también estamos tentados a rechazarla, como Pedro, porque en esa propuesta Jesús nos invita a tomar la cruz, a perder la vida por Él, por su Evangelio, por su causa, por los demás.

¡No nos dejemos tentar! Pedro recibe este reto de Jesús. Jesús hoy nos dice: «No rechacen la cruz. Síganme y carguen esa cruz; pierdan la vida por la causa del Evangelio».

Una manera concreta de entender qué significa seguir a Jesús, cargar la cruz, perder la vida, es el lema de este año: «Con Ceferino y el Papa León, artesanos de humanización y de paz».

Cargar la cruz es tomar en serio el «ser artesanos», el «ser creadores», saber dar los tiempos, la fatiga del artesano, del tejedor. Saber partir de la realidad que tenemos. El artesano no genera la materia prima con la cual va a ir plasmando su obra. El artesano acepta la realidad como es. El tejedor a veces tiene que aceptar una fibra de lana un poco flaca porque fue un año de sequía y no rindió, no tiene el espesor ni la grasitud que tiene que tener. Pero el artesano no deja de tejer.

El artesano que trabaja la madera tiene que aceptar que a veces en el tronco hay un nudo, y no desecha ese tronco: trata de comprender qué quiere decir ese nudo que hay en la madera y lo transforma en parte de su obra artística.

También nosotros, como artesanos, no pensamos en ser artesanos de un mundo ideal donde no hay problemas, donde todo está bien. Cargar la cruz es ser artesanos de la realidad difícil, de una realidad compleja.

Desarrollemos este ser artesanos, ser tejedores, partiendo de la realidad.

Como sabía que hoy tenía que verlos a ustedes, el otro día fui a ver a una abuela que es tejedora, y me decía que el artesano no mueve sus manos, su corazón y su inteligencia pensando en sacar dinero: piensa en la persona que va a recibir esa artesanía. Cuando hace un gorrito de lana, piensa en ese niño que va a nacer, porque su nieta va a tener familia pronto y hay que cubrirle la cabecita al bebé. Cuando teje un poncho, piensa en su

verno o en su hijo que trabaja en el campo. La plata es necesaria, pero no es lo primero y, menos, lo único.

El lema dice: «Con Ceferino y con el Papa León...». Ceferino nos muestra la cercanía de Dios, de María, de todos los santos en el andar de todos los días. El Papa León representa a ese pueblo que somos nosotros: la Iglesia, la comunidad, la capilla, la junta barrial, ese grupo que te apoya, que está al lado tuyo.

«Con Ceferino y el Papa León, artesanos de humanización y de paz» y de todo lo que hace más noble y más grande la vida del ser humano.

¡Entusiasmémonos! Ceferino nos dice: «Sigán a Jesús», y Jesús nos dice: «Vengan a mí». Y Jesús no nos engaña. Ir detrás de Él es cargar la cruz, es perder la vida. Nosotros decimos «sí» porque no queremos renunciar a ser artesanos de humanización y de paz. ¡Aquí estamos!

¡Qué lindo que en esta fiesta de Chimpay en 2026 renovemos juntos ese «sí» de ser artesanos de humanización y de paz!

Ojalá hoy nos pongamos de acuerdo con Jesús para seguirlo y cargar la cruz; que nos pongamos de acuerdo con Ceferino en que la vida es hermosa cuando uno la vive para los demás; y, con ese acuerdo tan grande, ojalá nos pongamos de acuerdo entre nosotros.

Perder la vida, es decir, no buscar el primer puesto, no buscar ser el más importante, no buscar acumular riqueza. Decía el Papa Francisco: «Nunca he visto a nadie que vaya al cementerio con un coche de mudanza atrás». También les decía a los jóvenes: «No miren la vida desde el balcón, desde arriba». Pongámonos de acuerdo en estar con los pies en la tierra.

En el hermoso lema de la peregrinación de 2024 decíamos: «Mirada atenta, corazón sensible, manos solidarias».

Que en esta mesa que nos reúne, que en esta Eucaristía, podamos ponernos de acuerdo: mirada atenta, corazón sensible y brazos solidarios.

¡Viva Ceferino! ¡Viva Jesús!